

ORIENTE MEDIO

NASSER



CONSTRUCCION NO REVANCHA

LO que siempre ha contado para el Rais ha sido la construcción de Egipto, no la destrucción de Israel. Cuando el presidente Gamal Abdel Nasser pone en marcha, a mediados del mes de mayo de 1967, una operación político-estratégica que parece tender a la destrucción del Es-

tado de Israel, todo el mundo considera que está «en su línea» y conforme a su personaje; y cuando el 30 de agosto, en Jartum, hace prever una reconversión tendente a la búsqueda de una solución política con Israel, todos se asombran. ¿Un nuevo Nasser? ¿La «revisión desgarradora» de una política de quince años?

SIGUE

En una materia tan sensible como las relaciones árabe-israelíes hay que tratar de conservar la sangre fría y dar su valor relativo a las palabras y a los gestos, tanto en lo que concierne al presente como en lo que respecta al pasado. No hay que sustituir una propaganda tenaz que tiende a presentar a Nasser como el faraón exterminador por unas apresuradas ilusiones. Pero es cierto que una serie de informaciones concordantes hacen pensar en la actualidad que el Rais está en busca de una alternativa. Si llega a desembocar en una solución pacífica con Israel no habrá hecho sino dar flexibilidad a una política más guiada por las circunstancias que por la ideología, y hecha, sobre todo, de reacción al acontecimiento.

Disponemos de dos documentos que apoyan la hipótesis de un acercamiento del líder egipcio a una «nueva» política palestina: su discurso del 23 de julio, en el que, guardándose de llamar a la revancha militar, abogaba por una reconstrucción de Egipto sobre bases socialistas, y su intervención del 30 de agosto en la conferencia de Jartum, que es ante todo un cuadro de la situación egipcia y un alegato a favor de una reconversión estratégica. Menos claramente que el Rey Hussein y, desde luego, mucho menos abiertamente que Burguiba, el Rais no deja de llamar a sus colegas y a su pueblo a que hagan el esfuerzo que parece resumir la primera parte de su carrera, consistente en ajustar las palabras y las cosas, las palabras y los actos.

Para esclarecer lo que todavía está solamente implícito en las declaraciones de Gamal Abdel Nasser hay que tener también en cuenta las informaciones cablegrafiadas desde Jartum por dos periodistas serios y bien informados de los asuntos árabes, Eric Rouleau —en «Le Monde» del 30 de agosto y del 1 de septiembre— y Tom Brady, en el «New York Times» del 31 de agosto. Especialmente para el primero, el Rais ha optado ya por la búsqueda de un «pacto». Todo hace pensar que la solución que se busca es aquella de la que el mariscal Tito se ha convertido en promotor, después de haber conservado ampliamente al líder egipcio, que es, desde hace once años, uno de sus interlocutores favoritos: consiste, como se sabe, en el intercambio de la no-belligerancia árabe y de la garantía de las fronteras de Israel por los Grandes por la evacuación de los territorios conquistados por el ejército del general Rabin. La principal virtud de este plan es la de estar en consonancia con las sugerencias de Goldberg y Gromyko, es decir, con las conclusiones de la conferencia de Glassboro.

Es evidente que Gamal Abdel Nasser ha sabido ver de qué lado sopla el viento y ha intentado salvar una parte de su apuesta, «pegándose» a la política de los dos Grandes, lo mismo que en 1956-57. Pero su reconversión tiene motivos más inmediatos.

No puede uno contentarse con explicar la operación puesta en marcha por Gamal Abdel Nasser al pedir la retirada de los «cascos azules»



Derrotado militarmente el presidente Nasser, Bumedian parecía tomar el relevo del panarabismo. No obstante, la República Árabe Unida sigue siendo el país eje de la problemática unidad del mundo árabe.

de la O. N. U. y al decretar el bloqueo de Akaba, únicamente por el deseo de prestar ayuda a Siria, amenazada por Israel, según una serie de informaciones concordantes y aparentemente serias, apoyadas en las declaraciones del Estado Mayor de Tel-Aviv. El comportamiento aventurado —e incluso aventurero— del líder egipcio tuvo entonces otras razones: probablemente, la de prevenir, por un golpe de efecto, la operación de eliminación que en su opinión se preparaba en Washington contra él, y la de aprovechar una ocasión —la de la amenaza real de Israel— para obtener concesiones americanas y garantías de supervivencia para su régimen.

Pero sigue siendo verdad que es en Damasco donde hay que buscar el origen y el foco de la crisis, y que los riesgos de evicción por la fuerza del poder «baasista» han contribuido más que

cualquier otro factor a lanzar a Nasser a la serie de acciones que desembocaron en el desastre de junio. El guión que se desarrolló entonces es exactamente el que se tenía el líder de El Cairo desde hace varios años. Todas las «cumbres» árabes, desde hace tres años, no han sido más que la repetición de una escena ya clásica: los sirios llaman a la acción inmediata contra Israel. Nasser replica, diciendo: «No tenemos medios para ello. Construyamos, agrupemos antes el mundo árabe».

A finales de mayo de 1967, Gamal Abdel Nasser creyó que esta vez no era posible quedarse al margen, y que no se trataba de provocaciones sirias, sino de una amenaza que de hecho se dirigía a él, por encima de sus «aliados» de Damasco. Lo que no les perdona a los sirios es que, después de haberle arrastrado a lo peor, no hayan hecho nada.

entre el 5 y el 8 de junio, para abrir un segundo frente digno de tal nombre y poner en una situación difícil a Israel que hubiera hecho durar un poco más los combates y obligado a Tel-Aviv a hacer caso de una llamada de los Grandes al alto el fuego antes de la derrota. Se comprende, pues, que en la actualidad las incitaciones de Damasco a llegar hasta el fin suenen a falso en El Cairo...

Para muchos, la reconversión de la estrategia palestina de Nasser se debería a un reexamen de su concepción del arabismo y de la solidaridad árabe.

un adolescente patriota

Un egipcio nacido en 1918, en vísperas del levantamiento antibritánico de Wafd, que termina sus estudios en la época de la firma del tratado de 1936, que consagra la presencia inglesa en la zona del canal de Suez y entra en la academia militar poco antes del comienzo de la segunda guerra mundial, de la que Egipto saldrá más estrechamente soldado a Occidente, tiene en primer lugar una pasión: emancipar a su país de la tutela colonial. Así es Gamal Abdel Nasser.

Por intensa que haya podido hacerse su hostilidad hacia el Estado de Israel, y por preponderante que sea el problema de Tel-Aviv, no hay que perder de vista que, hasta 1955, toda la energía del joven nacionalista, autor, después, del golpe de Estado y más tarde líder de la República egipcia, está concentrada en la emancipación de su país antes de reorientarse hacia la unificación del mundo árabe que le conduce, a través del juego de alianzas, a un doble enfrentamiento con Israel.

Cuando Nasser, a los diecisiete años, fraterniza con los militantes de la organización neofascista

Misr-el-Fatat (Joven Egipto) y cuando, siendo un joven oficial, organiza una sociedad secreta, dos o tres de cuyos miembros se esfuerzan, en plena guerra, por tomar contacto con el Estado Mayor de Rommel, no hay por qué ver en ello el reflejo de preocupaciones antisionistas. En aquella época, para él sólo contaba la presencia extranjera en suelo egipcio.

Los testimonios referentes a las entrevistas de los jóvenes oficiales que, bajo la égida de Nasser, formaron entonces la «sociedad de oficiales libres» —los artículos de Haled Mohieddin, de Saroit Okacha, el libro de Anuar el Sadat— son extremadamente discretos sobre el caso de Palestina. Se habla sólo de la lucha contra los británicos o de la reorganización de la sociedad o del poder egipcios. Los vencidos de 1948 no hablan apenas de revancha, y varios de entre ellos —Saddiq, Mohieddin, Chawki—, afines a las organizaciones de extrema izquierda, denotan la tentación de unirse a la «línea» soviética, que tiende al reconocimiento del reparto de Palestina.

La toma del poder por los oficiales, el 23 de julio de 1952, iba a dar lugar a una abundante literatura: comunicados, llamadas al pueblo, programas, interviús. Palestina aparece en ella más como referencia a la traición del Rey que como un objetivo cuya liberación se imponga a los nuevos responsables. Y cuando, en el parlamento israelí, David Ben Gurion, jefe del Gobierno, habla del golpe de Estado como de una oportunidad de renovarse y de revisar su política extranjera que se le ofrece a Egipto, no suscita ninguna reacción oficial en El Cairo.

El nuevo régimen, evidentemente, no mira hacia el Norte, ni hacia el Este. Sus objetivos principales son la depuración del ejército, la evacuación de la zona del Canal por los británicos, la reorganización de los poderes públicos, la reforma agraria y la reunificación del valle del Nilo, es decir, la unión de Egipto y Sudán.

Es cierto que «La Voz de los Arabes», emisión de radio fundada y dotada de medios importantes por el general Naguib en la primavera de 1953 y encomendada a un energúmeno llamado Ahmed Said, hace de la «liberación de Palestina» un objetivo tan importante como la sublevación de Africa del Norte. Pero una lectura atenta de la prensa egipcia, controlada por los militares, entre 1952 y 1954, da relativamente pocas ocasiones de subrayar referencias a Israel y, habiendo tomado parte en aquella época en una veintena de conferencias de prensa, en las cuales Naguib, Nasser o Salah Salem respondían a las preguntas de numerosos periodistas extranjeros, puedo dar testimonio de que las frases relativas al caso palestino eran extremadamente escasas.

En el transcurso de la primera entrevista que me concedió Nasser, en el mes de enero de 1954, la palabra Israel ni siquiera fue pronunciada. Es cierto que hablamos, sobre todo, de Africa del Norte y de las repercusiones de la crisis de las relaciones francoegipcias. Pero una pregunta sobre las oportunidades de realizar la unidad árabe, el jefe de los «oficiales libres», que aún no estaba a la cabeza del gobierno de El Cairo, y, en consecuencia, podía hablar libremente, no evocó sino las divergencias a que había que sobreponerse entre repúblicas y monarquías, y ni siquiera hizo alusión a la cuestión de Palestina.

los contactos de 1954

El tratado de evacuación de las fuerzas británicas, redactado en julio del mismo año y firmado en octubre, levantaba la pantalla militar que antes interponían las unidades británicas estacionadas a lo largo del canal y dejaba a Egipto e Israel frente a frente. De ahí la tensión que iba a manifestarse. De ahí también la búsqueda de un arreglo político que dio lugar a intercambios olvidados demasiado pronto.

Washington había intervenido, en la época de las negociaciones angloegipcias, a favor de las tesis de El Cairo. La diplomacia americana se creyó autorizada, en consecuencia, para abogar ante Nasser por la causa de un reconocimiento del Estado judío. En la misma época, varios parlamentarios laboristas, entre los que estaban Richard Crossmann y Maurice Orbach —por no hablar de Aneurin Bevan, que, de paso en El Cairo, juzgó prematuras aquellas iniciativas—, se las arreglaron para suscitar un diálogo entre Nasser y Moshé Sharett, entonces primer ministro israelí, que se había señalado a la atención de los árabes al preconizar un plan de repatriación parcial de los refugiados en 1949.

¿Hasta dónde llegaron estos contactos? ¿Hubo realmente intercambio de cartas, de documentos escritos? Uno de los personajes que intervinieron en aquellos sondeos me afirmó que a la salida de la última entrevista que tuvo con el primer ministro egipcio, al que había comunicado el informe de una conversación precedente con el jefe del gobierno israelí, Nasser le rogó que transmitiera «sus amistosos recuerdos al

SIGUE

Nasser entre los delegados de Siria e Irak, los países más cercanos a la política exterior de la R. A. U., especialmente Siria, cuyo progresismo hizo que fuera considerado por Israel como su primer objetivo.



señor Sharett». En el transcurso de estos intercambios no parece que se abordaron otros problemas que los que tenían relación con los refugiados, pero se sabe que aquéllos eran de una importancia primordial.

Por otra parte, en la misma época tuvieron lugar entrevistas de un interés por lo menos igual, a propósito de la entrada en aplicación del plan Eric Johnston, nombre que le venía del antiguo magnate del cine americano, encargado de hacer aceptar por Israel y por los árabes un plan de utilización de las aguas del Jordán y del Yarmuk para asegurar la readaptación de los refugiados árabes. En el transcurso de estas conversaciones, los responsables egipcios, lo mismo que los jordanos, habían aceptado de hecho el principio de una cooperación a largo plazo con Israel para el reparto de las reservas de agua de la región, es decir, de lo esencial. Al preguntar al que entonces era director de asuntos árabes —y que ahora es ministro de Asuntos Exteriores—, el general Mahmoud Ryad, si aquellas conversaciones no tomaban el cariz de un reconocimiento de **facto** del Estado judío, no obtuve sino una respuesta evasiva, pero que me sorprendió por su discreción.

Entonces se perdió una oportunidad de arreglo duradero. Fue el Gobierno sirio quien la hizo fracasar; Israel debe cargar igualmente con una parte de las responsabilidades del fracaso, ya que fue en el transcurso de uno de aquellos intercambios de puntos de vista cuando el Gobierno de Tel-Aviv aumentó bruscamente sus exigencias relativas al reparto de las aguas a almacenar en el lago Tiberiades.

En abril de 1955, en Bandung, Gamal Abdel Nasser intentó hacer entrar una condena de Israel en los textos votados por la conferencia. Pero Chu-En-Lai, que habría podido ser su aliado más activo, prefirió no herir la susceptibilidad de los indios y birmanos, fieles a sus amistades israelíes, y, en el plano de la retórica antijudía, Nasser fue rápidamente superado por el iraní Fadel Jamali.

Pero, en septiembre, el líder egipcio se asegura, después de vanas gestiones cerca de Occidente, los medios de equilibrar —en apariencia— el poderío militar israelí, que le ha dejado en ridículo en Gaza; se trata del contrato de armas con Checoslovaquia, que conmueve a los americanos y modifica profundamente la relación de fuerzas en el Próximo Oriente. Las mismas armas que habían permitido en 1948 a la Haganah imponerse a los árabes, ¿servirán ahora para dar a El Cairo la ocasión de la revancha?

Tres meses más tarde era recibido de nuevo por el Rais. Esta vez fue el propio Nasser quien abordó la cuestión de Israel, al observar que aquel contrato de armas le ponía «en pie de igualdad con Israel». «¿Para negociar desde una posición de fuerza?». «Creo que las propuestas de Edén con vistas a la vuelta al plan de reparto de 1947, pueden servir de base de discusión...».



—¿No sería más adecuado pensar que, para los árabes, Israel debe ser suprimido en cuanto Estado y reducido a la suerte de una especie de Vaticano judío?

—No. Lo que nosotros, egipcios, pedimos, es que este Estado no viole los derechos de los árabes. Queremos que estos derechos sean reconocidos por él, lo mismo que por los demás...

Luego llegó la ruptura de las promesas occidentales hechas a El Cairo para la financiación de la presa de Assuan. Nasser lanza un desafío a una Gran Bretaña exasperada por la agitación de los emiratos del golfo Pérsico y a una Francia obsesionada por la guerra de Argelia, un desafío que recogen en común las dos potencias europeas y del que Israel se aprovecha para intentar romper el impulso árabe y acabar con el prestigio del Rais.

la herencia de suez

Nasser sale engrandecido de la aventura de otoño de 1956, convertido en símbolo y portavoz del arabismo, aunque sus tropas han sido barridas sobre el terreno. Al intervenir, París y Londres han mezclado las cartas, velado la superioridad militar israelí y comprometido a Tel-Aviv en una desagradable complicidad.

Pero por desagradable que fuera la operación para el renombre del Estado judío resultó rentable desde el punto de vista estratégico: los egipcios suprimen el bloqueo del estrecho de Tiran, que rige el acceso a Eilat, el nuevo puerto hebreo, y aceptan instalar en su terreno, con exclusión del territorio israelí, a los «casos azules» de la O. N. U. Actitud que expresa claramente el estado de inferioridad militar a que de nuevo se encuentra reducido Nasser. Antes ese humillante «escudo» de la O. N. U. que el enfrentamiento con el ejército de Moshé Dayan.

Durante diez años, el jefe del Estado egipcio se atrinchera tras el telón de «casos azules» para mantener el «statu quo» de 1957. Egipto ha optado por «congelar» el problema palestino. «Ni paz ni guerra», se dice continuamente en los medios afines al Rais. Lo que importa, según se afirma constantemente en los citados medios, es la construcción de una economía moderna, de un sistema de producción e intercambio socialista, en

el marco de la unidad árabe. ¿Se trata de una comedia para uso de los extranjeros, de los occidentales ingenuos, para tranquilizarlos y sacarles una ayuda?

Disponemos, sin embargo, de un contra-testimonio interesante, el que debemos a los más íntimos asociados de Nasser: los dirigentes sirios que han intentado edificar con él la R. A. U., de 1958 a 1961. La más violenta denuncia de la política israelí de Gamal Abdel Nasser no llegó de Tel-Aviv, sino de Damasco, donde Akram Hurani, líder del Baas, el partido socialista del renacimiento árabe, ex ministro de la R. A. U., escribió un panfleto contra Nasser, calificándole de «aliado del sionismo» y asegurando que en innumerables conferencias y reuniones ministeriales, celebradas en El Cairo, Nasser se había opuesto a las sugerencias de sus colegas sirios en el sentido de que se tomaran medidas enérgicas contra Israel.

En septiembre de 1961, Nasser ve dislocarse la R. A. U. a causa de la secesión siria. La presión de Damasco, convertida en externa, toma la forma de una insistencia permanente. Pero la estrategia israelí del Rais apenas es modificada por ello. Veamos lo que, en 1964, decía Giles Martinet: «La guerra no es una solución o, caso de serlo, es la peor de todas...». Un año más tarde, en el momento preciso en que, con ocasión de un viaje al Próximo Oriente, Habib Burguiba, después de largas conversaciones con Nasser, en El Cairo, incitaba a los árabes a tomar en cuenta los «hechos» y a luchar políticamente sobre el tema del plan de reparto de la O. N. U., el jefe del Estado egipcio hace a «Réalités» declaraciones casi simbólicas, que pueden ser tomadas como un renovado reconocimiento de la existencia del Estado judío.

¿Es preciso, pues, considerar a Nasser como «pacifista» en relación a Israel? ¿Hay que creer que la crisis de mayo-junio de 1967 le ha cogido completamente «a contrapelo», que se ha encontrado embarcado en un conflicto que no le concernía, forzado a luchar por una causa que para él estaba de una vez para siempre liquidada?

¿«estado» o no?

Las cosas no son tan sencillas. Sin hablar de las múltiples declaraciones que, al mismo tiempo, se le «escapaban» frente a las masas árabes, y tejían a su alrededor como una red de belicismo, en la que se encontró atrapado, hay que destacar una declaración significativa, hecha el 23 de mayo de 1967, ante las cámaras de televisión de la BBC. A una pregunta de un colega británico, sobre la hipótesis de un reconocimiento del Estado judío, Gamal Abdel Nasser respondió: «¿Un Estado? No. Eso no podemos reconocerlo. Una población judía, una comunidad no estatal, sí. Pero no un Estado».

De este modo la doctrina israelí del Rais pa-



Decir que Hussein es más contemporizador con los países occidentales, no debe hacer suponer que Nasser considera, como solución, la destrucción de Israel.

recia ir en el sentido del conformismo árabe. ¿Estaba, conscientemente o no, cogido en su propia propaganda, en la que reservaba para las masas? ¿O pensaba sobre todo en hacer subir las pujas, en el momento en el que se abría, a iniciativa suya, una gran crisis internacional que podría desembocar en una solución de conjunto?

La segunda hipótesis es tentadora. Se han tomado demasiado poco en cuenta, en efecto, dos de las frases de su conferencia de prensa del 28 de abril de 1967: aquella en la que ofrecía la vuelta a la actividad de la comisión mixta de armisticio egipcio-israelí y aquella en la que se tomaba en consideración la apertura de discusiones conjuntas tendentes al arreglo «global» de los problemas palestinos.

¿Histrión de la paz? ¿Ilusionista de la guerra? Un atento examen de las evoluciones y de las vicisitudes de la estrategia israelí de Gamal Abdel Nasser sólo permite deducir que nunca ha creído en las soluciones militares del conflicto. Pero hay demasiadas palabras, demasiadas fórmulas,

demasiados gestos que se entremezclan y se contradicen, unos controlados por el Raís, otros suscitados o provocados por sus adversarios, sus aliados dudosos, sus amigos comprometedores, para componer una estrategia de la paz.

Nasser podía, y de nuevo puede, ser el hombre de la no-agresión permanente con Israel, política que no es, después de todo, otra que la esbozada en 1949 en Rodas por el conjunto del mundo árabe; puede, incluso, ser el hombre de la normalización de las relaciones con Tel-Aviv. Necesita insistir sobre Egipto más bien que sobre el arabismo. Esta es la primera fase de su reconversión. Es difícil, ya que está centrada en lo esencial. Cuando se dio cuenta, en 1956, del poco peso de Egipto en las deliberaciones internacionales, y creyó necesario unir las energías y el potencial árabes a su alrededor para oponer a los Grandes un interlocutor que ofreciera a la vez una posición estratégica, una importante masa de maniobra e imponentes recursos petrolíferos se encontró enfrentado a Israel, que tenía razones

para encontrar que lo que se plantaba era una operación envoltente.

Fue al querer ser líder de los árabes —menos por ambición vulgar que en virtud de la convicción de que no se lograría la emancipación sin la unidad, según creen los partidarios no degaullistas de la independencia europea—, cuando asumió la responsabilidad de la cólera y los impulsos árabes. Era su jefe. Debía seguirles. Pero, lanzado a la aventura y luego traicionado por los extremistas del arabismo, volvió a los temas de la reconstrucción prioritaria de Egipto, que inspirarían sus discursos del 29 de julio en El Cairo y del 30 de agosto en Jartum. Fue sólo entonces cuando pudo modificar sus relaciones con Tel-Aviv. En la medida en que, en El Cairo, Egipto domina el arabismo, y en que se impone el «arabismo de las patrias», la paz se convierte en una hipótesis digna de ser seriamente considerada. Pero a largo plazo...

JEAN LACOUTURE

Foto: ARCHIVO